

50 años de estudios sobre Comunicación: Trayectorias académicas cruzadas

50 years of Communication Studies: Cross academic trajectories

■ RAÚL FUENTES NAVARRO^a

Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades. Guadalajara, México

RESUMEN

En este texto se despliega un ejercicio autorreflexivo del autor acerca de su trayectoria como profesor universitario e investigador académico en el campo de estudios de la comunicación durante las cinco décadas más recientes. El punto de partida es la convicción de que es imposible aislar una trayectoria individual, puesto que la historia implica reconocer los cruces mutuamente determinantes con otros individuos y con marcos institucionales de diversas escalas. Toda autobiografía académica es necesariamente una reconstrucción de los vínculos colectivos con pares y con contextos institucionales situados en tiempos y espacios concretos, en este caso ubicados en América Latina, sobre todo en México y en Brasil.

Palabras clave: Profesionalización, campo académico, América Latina, México, Brasil

^aProfesor Investigador en el Departamento de Estudios de la Comunicación Social, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara. Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-6494-8122>. E-mail: raul@iteso.mx

ABSTRACT

This paper is a self-reflexive exercise undertaken by the author concerning his trajectory as a university professor and academic researcher in Communication Studies for the past five decades. It assumes that no individual trajectory can be isolated, since history implies recognizing the mutually determining intersections with others and with multi-scale institutional frameworks. Any academic autobiography is necessarily a reconstruction of collective bonds with peers and with institutional contexts situated in specific times and spaces—in this case, Latin America, especially Mexico and Brazil.

Keywords: Professionalization, academic field, Latin America, Mexico, Brazil

DE ACUERDO CON el sociólogo francés Pierre Bourdieu, el principio metodológico de la *objetivación participante* “es sin duda el ejercicio más difícil que existe” porque “requiere la ruptura de las adherencias y las adhesiones más profundas y más inconscientes”, es decir, el interés “del propio objeto estudiado para aquel que lo estudia” (Bourdieu, 1989, p. 51). Si esa afirmación es aplicable a mi caso, mi trayectoria profesional en el campo académico de la comunicación puede entenderse como un largo proceso de adopción y ejercicio del principio de la “objetivación participante” o, en otras palabras, según el sociólogo español Jesús Ibáñez, de una continua *vigilancia epistemológica* para integrar el proceso de esa investigación en mi “persona de investigador”, que está “socialmente determinada por el sistema de las relaciones sociales” (Ibáñez, 1985, p. 218). Según el sociólogo estadounidense C. Wright Mills, a su vez, para comprender los cambios de muchos medios personales, nos vemos obligados a mirar más allá de ellos. “Y el número y variedad de tales cambios estructurales aumentan a medida que las instituciones dentro de las cuales vivimos se extienden y se relacionan más intrincadamente entre sí”. Ser capaz de descubrir esos vínculos “es poseer *imaginación sociológica*” (Wright-Mills, 1961, p. 30). Hace más de 25 años, en mi tesis doctoral en Ciencias Sociales pude formular, apoyado en la obra de estos y otros autores, “una apuesta por la producción de sentido” al asumir la opción de “construirme una posición y una identidad profesionales como académico de la comunicación”, lo que construía como objeto de estudio “el propio campo en que actuó como sujeto” (Fuentes-Navarro, 1998, p. 10).

Pero el proceso de mi formación universitaria comenzaba 25 años antes. La decisión de ingresar a la licenciatura (pregrado) en Ciencias de la Comunicación en 1970, en la Universidad Jesuita de Guadalajara (ITESO) fue básicamente intuitiva. El programa era muy desconocido todavía y resultó enormemente atractivo para quienes, como yo, preferíamos un *proyecto de futuro* por construir y no uno prefigurado para profesiones u oficios tradicionales. Una amplia fundamentación en humanidades y una orientación hacia la práctica en “medios de comunicación” eran una combinación novedosa y estimulante, en una época que de por sí ofrecía a los jóvenes universitarios múltiples opciones de desarrollo cultural (Prieto, 2021). El cine y las artes audiovisuales fueron mi referente central de aprendizaje y profesionalización iniciales en comunicación. Ejercí durante diez años, incluyendo los cinco de estudiante, diversas actividades como productor radiofónico y audiovisual, tanto en ámbitos comerciales como educativos, y participé en la fundación, en 1979, de un Departamento de Recursos Audiovisuales en la Universidad de Guadalajara (UDG), con el encargo de producir materiales de apoyo a los procesos de enseñanza-aprendizaje en la educación superior.

Pero el montaje cinematográfico me generó preguntas teóricas y epistemológicas acerca de la comunicación, sobre las que pude trabajar como profesor de Teorías de la comunicación, una asignatura que antes no existía en el plan de estudios, pero de la que me hice cargo en el ITESO a partir de 1978, por lo que leí el poco material disponible sobre el tema. De esa manera, modifiqué mi trayectoria profesional, de ser un productor audiovisual a un académico de tiempo completo, y esa transición se consolidó en 1981 cuando fui nombrado director de la Escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO, así que renuncié a mi trabajo como productor en la Universidad de Guadalajara. Al mismo tiempo, fue determinante para mi futuro la incorporación a los organismos nacionales del campo académico: el Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (Coneicc), del que fui presidente en el período 1984-1986, y la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC), que habían sido fundados apenas en 1976 y 1979, respectivamente.

Dos de los aprendizajes más importantes de esa primera época en mi trayectoria académica fueron que la comunicación tendría que ser entendida desde perspectivas que, ya entonces, nombramos “socioculturales”, es decir, que situaban las prácticas en contextos de *estructuración* en distintas escalas y dimensiones tanto materiales como simbólicas. Se incluían entre tales perspectivas aportes semióticos (Eco, 1976; Verón, 1980), sociológicos (Martín-Serrano, 1977; Giddens, 1984) y de los pioneros latinoamericanos de los estudios de comunicación (Pasquali, 1970; Martín-Barbero, 1987). El otro aprendizaje fundamental fue que, si bien la “comunicación” era adoptada instrumentalmente por muchos agentes sociales como un recurso para la competencia y la imposición de propuestas de sentido en la vida social, la academia tenía la responsabilidad de ejercerla, “comprensiva” o “reflexivamente”, como un recurso de colaboración y estímulo para el desarrollo de las visiones propias de los interlocutores sobre los referentes comunes (Krippendorff, 1989; Carey, 1992). Estos dos aprendizajes orientaron también, especialmente, mi práctica como docente y “formador” universitario de profesionales e investigadores, faceta que recientemente fue analizada como uno de cinco casos de estudio etnográfico por especialistas en educación superior en México (Moreno Bayardo & Torres Frías, 2020), que caracterizaron mi postura como “la interacción como centro de la formación en la dirección de tesis”.

Y en 1988, ya incorporado plenamente a la profesión académica, ocurrieron dos cambios en mi trayectoria que me impulsaron decisivamente hacia la investigación. Uno fue el término de mi gestión como director de la Escuela en el ITESO, que poco después desapareció para convertirse en una Coordinación

¹ Sitio disponible en:
<http://ccdoc.iteso.mx>.

y, eventualmente, en un Departamento. Liberado de esa responsabilidad institucional, tuve la oportunidad de orientarme más hacia la investigación a partir de mi trabajo de docencia en teorías de la comunicación y en el desarrollo del Centro CONEICC de Documentación sobre Comunicación en México, que me había sido encargado en 1983 y derivaría, años después, en el sitio *cc-doc*¹, repositorio de acceso abierto a productos de investigación de la comunicación en el país. El otro acontecimiento crucial de ese año fue la invitación de José Marques de Melo a participar en el *Estudo Comparativo dos Sistemas de Comunicação Social no Brasil e no México*, propuesto por INTERCOM al CONEICC. Esa participación me permitió ampliar y profundizar los nexos latinoamericanos que ya había comenzado a establecer, pero que habían tenido hasta entonces como foco principal la enseñanza, en el espacio abierto por la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS). Se me asignó el “sistema” de investigación de la comunicación en México (Fuentes-Navarro, 1991) para el estudio comparativo con el de Brasil, encargado a María Immacolata Vassallo de Lopes, con quien desde entonces mantengo una muy productiva relación académica de colaboración y amistad.

Ambos “impulsos” a la investigación me acercaron más precisamente a la *meta-investigación*, es decir, a la investigación sobre la investigación. Y reconociendo ese “desdoblamiento” epistemológico, intenté desde entonces desarrollar un enfoque comunicacional de esos mismos procesos. Así, asumí que el estudio de la comunicación podría entenderse mejor como *producción social de sentido sobre la producción social de sentido* (Fuentes-Navarro, 2003), como tuve la oportunidad de exponerlo en el III seminario de COMPÓS de 2002 en São Paulo, en el 30.º aniversario del posgrado de la *Escola de Comunicação e Artes* de la *Universidade de São Paulo* (ECA-USP). Más de una década de colaboración académica con colegas brasileños, me había permitido aprender y ejercitar diversas perspectivas críticas sobre el *campo académico* común, proceso que, por fortuna, ha continuado durante muchos años más.

En 1990, conforme avanzaba el *Estudo Comparativo*, me invitaron a realizar una estancia en la ECA-USP con otros consultores extranjeros, en el marco de un proceso de “*Transição para a Modernidade*” de esa Escuela (Melo et al., 1992), y específicamente a propósito de la investigación emprendida por la ECA sobre sus egresados y los mercados de trabajo (Lopes et al., 1992). Durante un mes completo compartí con Luis Ramiro Beltrán y Marcelino Bisbal, entre colegas de otras nacionalidades y un buen número de académicos brasileños de la ECA, las actividades y la convivencia propias de una institución que procuraba sistemáticamente renovar y refrendar su importancia internacional dentro del campo académico de la comunicación. También compartí con muchos otros colegas,

en esos años, el proceso de reconstitución de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC), encabezada por José Marques de Melo, especialmente en cuanto a la modificación del estatuto y la preparación de los congresos latinoamericanos, el primero de los cuales se realizó cerca de São Paulo, en la ciudad de Embú Guaçu, en 1992. Un poco después, colaboré también en el diseño de los GT (grupos de trabajo o grupos temáticos) de ALAIC y me incorporé desde el principio al de Teoría y Metodología de Investigación de la Comunicación.

Pero en la primera mitad de los años 1990, en ese proceso de “transición” hacia la investigación como tarea académica prioritaria, tuve la oportunidad, que no había buscado antes, de cursar un programa de doctorado de alta calidad, sin cambiar de residencia. Fui parte de la primera generación del Doctorado en Ciencias Sociales ofrecido conjuntamente por la Universidad de Guadalajara (UDG) y el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), específicamente en el área de Sociología. Mi intuición, en conjunto con la experiencia ya acumulada durante más de veinte años en el campo, me orientó a ubicar mis preguntas teóricas y prácticas sobre la comunicación en un “espacio epistémico” más amplio, el de las Ciencias Sociales. Tuve muy claro desde el principio que lo que buscaría desarrollar en el doctorado sería “solvencia” metodológica, y por ello decidí trabajar sobre un “objeto” que ya había trabajado, la constitución del campo académico de la comunicación en México.

Durante el proceso del doctorado, la etapa de mayor exigencia académica en mi formación universitaria, logré aprender mucho de metodologías y enfoques disciplinares, pero también algo más difícil y de mayor importancia: aprendí a trabajar en casa sin aislarme de la vida familiar, es decir, aprendí a “entrar y salir” instantáneamente de concentración, rodeado de cuatro hijos y una esposa que, también, aprendieron a facilitarme el proceso, acompañándome amorosamente pero sin interferir demasiado ni “innecesariamente” en mis tareas. Por supuesto, eso suponía que lo “necesario” lo definían ellos. La experiencia de esos cuatro años fue muy estimulante y disfrutable en su aspecto personal y académico. Recibí el grado un poco antes de cumplir los 44 años, una edad que en aquel momento y en mi entorno académico no era tan tardía como podría ahora parecer. Las siguientes dos décadas y media así me lo han reafirmado.

Comencé a asumirme como “investigador de la comunicación” cuando presenté una ponencia en la Primera Reunión Nacional de Investigadores de la Comunicación, de la AMIC, en 1980. Pero me sentí institucionalmente reconocido en plenitud como tal en 1996 cuando la obtención del doctorado me permitió solicitar y obtener la aceptación en el Sistema Nacional de Investigadores,

al que entonces no habían ingresado más de diez colegas del campo de la comunicación. Dos años antes había regresado a la UDG, ahora con una plaza de profesor-investigador. Tan “colectiva” y “social” como la construcción de cualquiera otra identidad, la de investigador depende del *habitus* como sistema de disposiciones “internas”, así como del reconocimiento y posicionamiento institucional, además de los pares. El término “colega” que suele emplearse para tratar a los pares académicos implica la condición de ser sujetos “mutuamente elegidos”. Y esa es la base de la colegialidad, la forma de colectividad propia de la Academia. He tenido la fortuna de compartir mi actividad profesional con excelentes personas, colegas y equipos de trabajo, y he podido integrarme a ese amplio y multifacético sujeto colectivo en México y Latinoamérica que ha buscado y conseguido en buena medida legitimar los estudios de comunicación y mantenerlos en permanente consolidación y renovación, siguiendo incansablemente a su objeto en contextos cambiantes y elusivos.

Puedo resumir, como lo hice en el discurso de agradecimiento y aceptación del *Doctorado Honoris Causa* que me otorgó la Universidad Autónoma de Baja California (Fuentes-Navarro, 2020), que como integrante de diversos sujetos colectivos, he tenido la oportunidad de dedicarme durante cinco décadas a aprender, a descubrir, a experimentar, a convocar, a organizar, a estimular, a criticar, a cuestionar, a conservar y a renovar saberes e intervenciones, más que a enseñarlos; a compartir, a imaginar, a discutir, a difundir, a consolidar hallazgos y métodos, más que a cultivar pretendidas certezas científicas de valor universal. Los legados de los que me he apropiado y la generosidad con la que he sido tratado me han hecho tener confianza en los efectos de largo plazo de la formación universitaria y de la esencial contribución de la investigación en ella. Así, me asumo como un académico de tiempo completo, que ha aprendido a entender el mundo en el que vive como resultado y estímulo de la comunicación, y sabe que es imposible contraponer o separar el compromiso social y el profesional; ni la comunicación de la educación, de la cultura y de la política. La comunicación es, efectivamente, una ética, una realidad práctica e inescapable, además de ser un recurso para la interacción y un ejercicio de poder. Aunque también, en muchos sentidos, es un *enigma*, que nos desafía permanentemente. Como afirma el colega estadounidense John Durham Peters (1999, p. 2), “comprender la comunicación es comprender mucho más”, y ese podría ser un resumen de mi trayectoria durante los últimos cincuenta años: como estudiante y profesional, como profesor e investigador, como practicante lo más reflexivo posible de la comunicación.

Sin duda, el período más productivo de esa trayectoria es el de los 25 años más recientes, en el que aparecieron la mayor parte de mis publicaciones, se titularon la mayor parte de los estudiantes de maestría y doctorado de quienes fui director

de tesis, y visité como profesor invitado al menos una vez la mayor parte de los países de América Latina. En este último aspecto, sin duda el país donde realicé la mayor cantidad de estas actividades fue Brasil, incluyendo mi participación en 2015 en un Proyecto PROCAD/CAPES, titulado *Comunicação e Mediações em Contextos Regionais: usos midiáticos, culturais e linguagens*, que supuso la impartición de un seminario sobre *Epistemología de la comunicación y mediaciones de lo local: heurísticas socioculturales* (Fuentes-Navarro, 2019) en el posgrado de la ECA/USP en São Paulo (<https://www.youtube.com/watch?v=RwRXm42KdSk>), y después en la Universidade Federal do Rio Grande do Norte, en Natal, RN, y de la Universidade Federal do Mato Grosso do Sul, Campo Grande, MS. Antes y después de esas experiencias, impartí seminarios similares en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina; la Universidad Católica del Perú; la Universidad Católica de Minas Gerais, Belo Horizonte, Brasil; la Pontificia Universidad Javeriana de Cali, Colombia; la Universidad Iberoamericana, en la ciudad de México; y la Universidad del Norte, en Barranquilla, Colombia, entre otros.

Con diferentes énfasis, en todos esos espacios académicos latinoamericanos expuse cómo la dispersión y la fragmentación en el campo académico de la comunicación son condiciones constatables hoy en cualquier lugar del mundo y se manifiestan de manera creciente en las múltiples perspectivas y posiciones prevalecientes acerca de cuatro grandes dimensiones (ontológica, epistemológica, praxeológica y metodológica) de las interpretaciones teóricas sobre la comunicación, y sus relaciones mutuas en una cada vez más ambigua *jerarquía epistémica*. Por ello puede proponerse un intento especial por identificar, historizar y contextualizar las tensiones y opciones fundamentales, además de las consecuencias prácticas que su confusa imbricación múltiple acarrea para la comprensión pública de los recursos, de los derechos comunicativos y para la consolidación de programas de investigación científica y formación de investigadores en escalas globales, nacionales, regionales y locales.

He propuesto y debatido –más allá de mis cursos regulares en los programas de posgrado en el ITESO y en la UDG– con varias comunidades académicas que definir la “comunicación” como un resultado de cómo y desde dónde se propone estudiarla y cómo se aborda su problematización y su desarrollo conceptual. La indiferenciada y no debatida proliferación de definiciones genera lo que muy elocuentemente denunció James Carey (1992, p. 34) hace muchos años: “Nuestros modelos existentes de comunicación son menos un análisis que una contribución al caos de la cultura moderna”. En consecuencia, lejos de pretender autoritariamente una unificación reduccionista, sé que conviene entablar, comunicativamente, una conversación comprometida y responsable entre los agentes del campo (Craig, 1999), acerca de la relación entre la pregunta

genérica “¿qué es la comunicación?” (situada en la dimensión ontológica) y “¿cómo conocer la comunicación?” (pregunta central de la dimensión epistemológica). Adicionalmente, no solo tendría que hacerse depender la consistencia de la pregunta epistemológica de la definición ontológica, sino también viceversa, recursiva y reflexivamente.

La búsqueda, recursiva y reflexiva, de consistencia del conocimiento sobre la comunicación implica que la comunicación como objeto de conocimiento es resultado de un trabajo de *modelizar la realidad*, de imponerle algún modelo a la realidad para poderla reconocer como tal. Hay dificultades interesantes en el trabajo específico que hay que invertir para hacer esa “modelización de la realidad”: seleccionar y, por lo tanto, construir esa realidad en unos términos determinados por nuestra forma de conocer y no por la “realidad objetiva” en sí misma, que no podemos conocer como tal sin esa mediación (Couldry & Hepp, 2017). Esto permite poner en juego la definición o concepto central de comunicación como “producción social de sentido”, a manera de punto de partida, pero también de llegada. Este concepto de comunicación, definido desde una perspectiva sociocultural, como ya se ha dicho, implica a su vez que el estudio de la comunicación sea la *‘producción social de sentido sobre la producción social de sentido’* y es una manera, entre otras, de ubicar, de entender, de contextualizar el objeto de conocimiento, al mismo tiempo que su relación con el sujeto de conocimiento; una manera de no dejar el objeto “flotando en el aire” como si fuera una definición totalmente arbitraria.

Esta manera de concebir teóricamente el estudio de la comunicación no es, ni con mucho, la prevaleciente en los procesos de formación universitaria y de investigación institucionalizados en América Latina. Por ello, mi principal interés ha sido investigar estos procesos de institucionalización, por medio de sus “objetivaciones” más importantes: los programas de grado y posgrado, las publicaciones académicas y las asociaciones especializadas. En 1992 publiqué un primer acercamiento, bajo el título *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina* (Fuentes-Navarro, 1992), y en los años siguientes un buen número de actualizaciones y desarrollos de esa “historia”, entre las cuales cabe destacar artículos sobre sus “retos disciplinarios y post-disciplinarios” (Fuentes-Navarro, 1997), sus “condiciones y perspectivas para el Siglo XXI” (Fuentes-Navarro, 1999), sus “referentes y condiciones internacionales de un diálogo transversal de saberes” (Fuentes-Navarro, 2010) o su “internacionalización desintegrada” (Fuentes-Navarro, 2014). También se encuentran las conferencias dictadas en Bogotá –FELAFACS– en 1992 sobre “El estudio de la comunicación desde una perspectiva sociocultural en América Latina”; en Quito –SEICOM-CIESPAL– en 2011 sobre “Tendencias de la investigación

de la comunicación en América Latina: perspectivas y desafíos”; en Curitiba – INTERCOM– en 2017 sobre “Memoria e historicidad de la investigación en Comunicación en América Latina”; o en Campo Grande (a distancia) –COMPÓS– en 2020, sobre “Comunicación y fronteras: geografías y espacios simbólicos de las prácticas comunicativas en América Latina”, entre otras.

Desde la perspectiva sociocultural desarrollada a lo largo de múltiples experiencias de investigación y debate, consideramos a la *institucionalización* en programas universitarios y asociaciones profesionales como la manifestación más “objetiva” de la constitución de un campo académico, en la medida que de esa forma las instancias del poder social asignan o reconocen un lugar específico a la producción y reproducción del conocimiento, así como a la formación profesional en un área determinada, e implícita o explícitamente definen la orientación y el sentido (función social) que el trabajo sobre dicha área en dicho lugar deberá de cumplir para obtener y reforzar su legitimidad. Este proceso es entonces inseparable de la *profesionalización* de los sujetos que, dentro de los programas establecidos, han de ejercer las prácticas académicas y articulan, de maneras más o menos fuertes, la producción académica con la toma de decisiones en el área, lo cual a su vez contribuye a la *legitimación* del conocimiento, de las instituciones donde se cultiva y de los sujetos que lo generan.

Por ello, la extensión y la distribución de los programas en el sistema de educación superior de uno u otro país indican, al mismo tiempo, las “posiciones” que va adquiriendo la “disciplina” en el sistema, en relación con otras, y las que distinguen entre sí a las instituciones universitarias en la constitución del campo, así como las redes que las articulan de ciertas maneras y no de otras. Pero además de estos procesos de *institucionalización social* en establecimientos universitarios y redes de interconexión entre ellos, es indispensable tomar en cuenta la *institucionalización disciplinaria* que, siguiendo el aporte clásico de Burton Clark (1991), se considera aún más importante que la primera para el análisis de la estructuración del campo académico. En el plano de la *institucionalización social*, y con mayor razón en el plano cognoscitivo, la constitución de una disciplina o especialidad científica “atraviesa” los establecimientos vinculándolos (y desvinculándolos) entre sí mediante la acción de los sujetos adscritos a ellos. En el estudio de esta estructuración, la dimensión transinstitucional es fundamentalmente importante, y lo es más, obviamente, cuando las instituciones y los sujetos están situados en distintos países, es decir, en distintos regímenes nacionales. Pero está todavía “por escribirse” sobre esta u otra lógica una historia internacional de los estudios de la comunicación, pues “hasta ahora, la mayor parte de las historias han sido nacionales, con una predominante atención sobre América del Norte y Europa Occidental” (Simonson & Peters, 2008,

p. 764). Lo que sí queda bastante claro es que la institucionalización social ha sido mucho más firme que la disciplinaria...

No obstante, en la década más reciente ha emergido y se fortaleció un “punto de vista internacional” del que he podido ser partícipe, que “nos ayuda a ver cómo el estudio organizado de la comunicación al mismo tiempo ha reflejado, refractado e impulsado la geopolítica transnacional, los patrones institucionales de educación y profesionalización y maneras de conocer y de actuar”, determinantes de la vida colectiva desde el siglo pasado. La búsqueda de marcos sociohistóricos adecuados para fundamentar una investigación no solo internacional, sino crecientemente “transnacional” de los procesos de constitución del campo académico de la comunicación, con fundamentos propiamente teóricos, ha cobrado recientemente un fuerte impulso: “la historia transnacional toma forma junto a las historias comparativa, internacional, mundial y global” (Simonson & Park, 2016, pp. 2-6). Ese es el contexto académico el que más me identifico en la actualidad, cuando he sido honrado como *Investigador Nacional Emérito* por el Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), con base en una evaluación que consideró una autopresentación que resumo para terminar este texto.

Durante cuarenta años de trayectoria académica he aprendido a articular la interpretación y la intervención como operaciones fundamentales de producción de conocimiento sobre la comunicación. La investigación sobre la teoría y la práctica me ha permitido desarrollar una metodología basada en modelos heurísticos y autorreflexivos. La fórmula es recursiva: conocer la comunicación es posible solo mediante su ejercicio, por lo que la tarea central ha sido practicar *la producción social de sentido sobre la producción social de sentido*. Esta síntesis de los aportes de muchos autores, y sus manifestaciones y consecuencias sistemáticamente analizadas empíricamente, ha sido reconocida como una contribución útil y productiva en los contextos académicos del estudio de la comunicación tanto en México como en América Latina y otras regiones, y crecientemente en otros campos académicos de las ciencias sociales y las humanidades, conforme se reconoce la importancia de la comunicación como proceso de estructuración social. De esta manera no se concibe más a la comunicación simplemente como “intercambio de mensajes” o “uso instrumental de medios”, aunque esas prácticas quedan también incorporadas en esta que se asume como una perspectiva sociocultural. En ese marco, he podido desarrollar actividades y recursos muy valorados, por su escasez y utilidad, como las referidas a la documentación académica, a la que me he dedicado desde 1983, y que se concretan en el repositorio *cc-doc*, disponible a consulta abierta en Internet desde 2003, y que a la fecha incluye más de ocho mil documentos, productos de

investigación de la comunicación en México o sobre México: libros, capítulos, artículos y tesis de posgrado, más de la mitad de los cuales se pueden recuperar en texto completo. Este recurso indispensable para la realización de estados de la cuestión y antecedentes de investigación en México sirve como complemento a la construcción de marcos tanto teórico-metodológicos como referenciales sobre fuentes documentales internacionales y, por lo tanto, facilita la más pertinente orientación de los proyectos, especialmente las tesis de posgrado, hacia los contextos cercanos y por ello muy pertinentes. También facilita el desarrollo de proyectos comparativos, nacional e internacionalmente, sobre temas y enfoques de interés académico emergente.

Mi especialidad como docente universitario ha sido el campo de las teorías de la comunicación, sobre todo las orientadas hacia una perspectiva socio-cultural y como recursos de construcción postdisciplinaria de modelos de interpretación científica y de intervención profesional. Durante algo más de quince años, el objetivo primordial de mi trabajo fue la formación profesional de comunicadores competentes y reflexivos para explorar nuevos espacios de desarrollo sociocultural mediante la comunicación. Dirigí 75 tesis de licenciatura en comunicación. Los siguientes veinticinco años, sin abandonar ese objetivo, mi prioridad se orientó hacia la formación de investigadores en los niveles de maestría y doctorado, dirigí 47 tesis de posgrado, y eso lo pude realizar simultáneamente en una de las mejores instituciones públicas y una de las mejores privadas del país en el campo de la comunicación. Varios cientos de egresados de la licenciatura en ciencias de la comunicación y varias decenas de postgraduados han extendido sus aprendizajes con los que pude contribuir directamente, en varias regiones de México y de otros países latinoamericanos.

Una dimensión esencial en mi trayectoria académica ha sido el trabajo colaborativo y articulado mediante instancias interinstitucionales, para fomentar espacios compartidos de acción para la disciplina en contextos más amplios que un solo local. La participación en la formación y desarrollo de asociaciones académicas, nacionales y latinoamericanas, ha sido un medio esencial para contribuir al fortalecimiento de comunidades científicas y académicas responsables y solventes. Y eso también implica el impulso a proyectos de desarrollo institucional que, en mi caso, se canalizó mediante la integración en distintos equipos de trabajo que, entre mediados de los años 1980 y la primera década del siglo XXI, diseñaron, gestionaron su aprobación y pusieron en operación tres programas de maestría y dos de doctorado que, en su momento, alcanzaron el nivel más alto (“Competencia a Nivel Internacional”) en el Padrón Nacional de Posgrados de Calidad de CONACYT, y lo han mantenido en la Universidad de Guadalajara y el ITESO. En esos cinco programas la investigación de la

comunicación es un eje central de la formación, y un nexo institucionalizado fundamental con la producción académica nacional e internacional en el campo. Por otra parte, desde principios de los 1980 he colaborado en la construcción de espacios académicos convergentes mediante la figura de las asociaciones académicas transinstitucionales.

El aporte principal de mi investigación proviene de mis estudios sobre la estructuración institucional del campo académico de la comunicación. Hace treinta años, en un libro titulado *La comunidad desapercibida, investigación e investigadores de la comunicación en México* (Fuentes-Navarro, 1991), hice un primer acercamiento sistemático a lo que he seguido haciendo en los años siguientes, y en el que, con un generoso prólogo, Jesús Martín-Barbero me ayudó a entender mejor de qué se trataba y hasta dónde podría llegar el proyecto. Lo cito textualmente:

En esta época del desencanto, en la que abundan los balances des-ilusionadores y las reformulaciones realistas, este libro sabe leer, por debajo de la dispersión y la fragmentación visibles del campo, el lento madurar de una comunidad y a grandes trazos esclarece –y en ello es sin duda pionero– cómo la comunicación se constituye en campo intelectual en la medida en que sus actores forman comunidad, hecha no sólo de conocimientos sino también de re-conocimientos, no sólo de paradigmas sino de posiciones teóricas y de interpelaciones sociales. (Martín-Barbero, 1991, p. 13)

El juego de sentidos que incluí deliberadamente en el título de ese trabajo, pues calificar como desapercibida a la comunidad la significaba como “desconocida o ignorada”, pero también como desprovista de recursos esenciales, permite reconocerla ahora como mejor apreciada y más consolidada, ambos avances como parte de un proceso de maduración complejo y sostenido, pero insuficiente. La multifacética comunicación, objeto genérico de estudio, nos ha rebasado y desafiado a quienes la estudiamos. Y por eso creo, con otros, que es más importante que nunca reforzar la atención universitaria sobre ella, que es responsabilidad central de los programas universitarios de investigación y formación en comunicación formular de la manera más precisa que sea posible cómo *interpretar e intervenir*, y no solo lo uno o lo otro: no solo interpretar ni solo intervenir en las diversas y complejas realidades sociales en que en la actualidad la comunicación es una mediación fundamental. ■

REFERENCIAS

- Bourdieu, P. (1989). *O poder simbólico*. Difel.
- Carey, J. (1992). *Communication as culture: Essays on media and society*. Routledge.
- Clark, B. R. (1991). *El sistema de educación superior: Una visión comparativa de la organización académica*. Nueva Imagen.
- Couldry, N., & Hepp, A. (2017). *The mediated construction of reality*. Polity Press.
- Craig, R. T. (1999). Communication theory as a field. *Communication Theory*, 9(2), 119-161. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2885.1999.tb00355.x>
- Eco, U. (1976). *Tratado de semiótica general*. Lumen.
- Fuentes-Navarro, R. (1991). *La comunidad desapercibida: Investigación e investigadores de la comunicación en México*. Iteso – Universidad Jesuita de Guadalajara.
- Fuentes-Navarro, R. (1992). *Un campo cargado de futuro: El estudio de la comunicación en América Latina*. Felafacs.
- Fuentes-Navarro, R. (1997). Retos disciplinarios y postdisciplinarios para la investigación de la comunicación. *Comunicación y Sociedad*, (31), 215-241.
- Fuentes-Navarro, R. (1998). *La emergencia de un campo académico: Continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. Iteso – Universidad Jesuita de Guadalajara.
- Fuentes-Navarro, R. (1999). La investigación de la comunicación en América Latina: Condiciones y perspectivas para el siglo XXI. *Diálogos de la Comunicación*, (56), 52-68.
- Fuentes-Navarro, R. (2003). La producción social de sentido sobre la producción social de sentido: Hacia la construcción de un marco epistemológico para los estudios de la comunicación. In M. I. V. Lopes (Org.), *Epistemologias da comunicação* (pp. 15-40). Loyola.
- Fuentes-Navarro, R. (2010). Investigación de la comunicación: Referentes y condiciones internacionales de un diálogo transversal de saberes. *Signo y Pensamiento*, 29(57), 38-48.
- Fuentes-Navarro, R. (2014). La investigación de la comunicación en América Latina: Una internacionalización desintegrada. *Oficios Terrestres*, (31), 11-22.
- Fuentes-Navarro, R. (2019). Epistemología de la comunicación y mediaciones de lo local: Heurísticas socioculturales. In E. Trinidad, M. L. Fernandes, & J. S. Lacerda (Orgs.), *Entre comunicação e mediações: Visões teóricas e empíricas* (pp. 21-30). ECA-USP.
- Fuentes-Navarro, R. (2020, noviembre). *Ceremonia de reconocimiento al mérito universitario (Doctorado Honoris Causa) al Dr. Raúl Fuentes Navarro* [Video]. Vimeo. <https://vimeo.com/480859248>.
- Giddens, A. (1984). *The constitution of society: Outline of the theory of structuration*. University of California Press.

- Ibáñez, J. (1985). *Del algoritmo al sujeto: Perspectivas de la investigación social*. Siglo XXI de España.
- Krippendorff, K. (1989). On the ethics of constructing communication. In B. Dervin, L. Grossberg, B. J. O'Keefe, & E. A. Wartella (Eds.), *Rethinking communication* (vol. 1, pp. 66-96). Sage.
- Lopes, M. I. V., Población, D. A., & Viá, S. C. (1992). *O mercado de trabalho em comunicações e artes e os profissionais formados pela ECA nas décadas de 70 e 80*. ECA-USP.
- Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía*. G. Gili.
- Martín-Barbero, J. (1991). Prologo. In R. Fuentes-Navarro, *La comunidad desapercibida: Investigación e investigadores de la comunicación en México* (pp. 11-13). Iteso – Universidad Jesuita de Guadalajara.
- Martín-Serrano, M. (1977). *La mediación social*. Akal.
- Melo, J. M. et al. (1992). *ECA-USP: Transição para a modernidade*. ECA-USP.
- Moreno Bayardo, M. G., & Torres Frías, J. C. (2020). *Aprender a ser tutor y director de tesis: Experiencias significativas de formadores en posgrado*. Universidad de Guadalajara.
- Pasquali, A. (1970). *Comprender la comunicación*. Monte Ávila.
- Peters, J. D. (1999). *Speaking into the air: A history of the idea of communication*. The University of Chicago Press.
- Prieto, F. (2021). Prólogo: 60 años de comunicación en México. In M. Vaca, & M. A. Guerrero (Eds.), *La comunicación y sus guerras teóricas: Introducción a las teorías de la comunicación y los medios* (vol. 1, pp. 9-17). Peter Lang.
- Simonson, P., & Peters, J. D. (2008). Communication and media studies, history to 1968. In W. Donsbach (Ed.), *The international encyclopedia of communication* (vol. 2, pp. 764-771). Wiley-Blackwell.
- Simonson, P., & Park, D. W. (Eds.). (2016). *The international history of communication study*. Routledge.
- Verón, E. (1980). *A produção de sentido*. Cultrix.
- Wright-Mills, C. W. (1961). *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica.

Artigo recebido em 15 de Outubro de 2022 e aprovado em 16 de Novembro de 2022.